

testamento nombrando heredera a su hermana Ignacia, mujer de León Villajos Delgado y madre de la Antonia la Zapaterilla -y de Rogelio, Rufo, Jesús y Pilar-, esposa luego de Angel Alarcos y heredera por último de la casa que por estas razones se conoció después como de Alarcos.

Este León era también zapatero y debía trabajar con su cuñado Manuel porque entre las mandas que hizo dispuso a su sobrina Antonia Villajos Paniagua los alquileres de la casa en que vivía desde que se casó.

Manda muy explícita también lo fue la de la Dolores, mujer de Francisco Vaquero, a la que dejó 500 pesetas y a Josefa y Candelas Lozano, vecinas de Pedro Muñoz, 125 a cada una y a su hermano Jesús, 250. Este fue el padre de la Agustina de Juan Antonio Delgado, de la Quiteria de Eulogio Manzanares y de Jesús el de la Emilia de Crisantos y de ese Jesús, perroteño, le debió venir el suyo a nuestro Jesús Vaquero, integérrimo y de grata memoria, sin antecedentes de su nombre, que yo sepa, en su línea paterna.

La muerte ocurrió el 2 de enero de 1889, cinco años después de hacer el testamento y acaeció casi de repente, de una congestión pulmonar.

Logró cierto caudal, para entonces grande, pues además del oficio tuvo labor y a su muerte había tres mulas, alrededor de 20 tierrecillas, unas 10.000 cepas, su casa, su era y su alcacer, por lo que se ve que aunque no tenía hijos que le gastaran, tampoco él lo tiró.

Diversas incidencias de la vida demuestran la trabazón de Francisco Vaquero con el Zapaterillo y también la amplitud del gremio, que aparece por doquier.

Francisco fue el declarante ante el Juzgado de la defunción de Manuel y él fue, también, el que presidió el consejo de familia de Cándido Villajos Chocano (el repostero del Casino) que se quedó sin padres de pequeño y era hijo de Rogelio Villajos Paniagua y de Lorenza Chocano



EL ZAPATERILLO Manuel Paniagua Rivas

Gordo, pálido aceitunado, de poca agilidad constitucional, favorecida por el oficio, dolorido y friolero, que lleva botas con caña y forro de paño en tiempo que no es de frío como se ve por los chicos y por estar hecho el retrato por la feria. Inflado, lleno de gases que le revientan la pretina y no le dejan abrocharse el chaleco cuando la urbanidad imponía llevarlo todo cerrado hasta la barbilla.

El retrato está sellado en Tomelloso por el fotógrafo Nicanor Cañas, que no es apellido tomellosero.

Lleva traje de tricor, con chaleco de solapas y chaqueta con cuello de terciopelo, corbata de ganchillo y camisa blanca con cuello a la moda de hoy y puños postizos, de los que se abrochaban al botón superior de los de la camisa. Pantalones de bragueta con cañones redondos.

Lo encuentro demasiado majo aunque a lo artesano.

Es un cuerpo de circulación entorpecida y retardada, tosedor, que sí, se moriría rápidamente por claudicación cardiaca en un proceso broncopulmonar de los de antes, que no fue de aparición brusca, porque cuando hizo testamento ya le venía achuchando.

Manos abiertas, en extensión, como los escribientes, los cocheros y los comadrones, artrósicas, con articulaciones rígidas, con tofos gotosos en el borde de la oreja y sobrecarga grasosa en los párpados superiores que le cierran un poco los ojos.

Los chicos que le acompañan son Cándido, el repostero, y su hermanilla Lorenza, que murió a poco de hacerse el retrato, mucho antes que el hermano Manuel, el Zapaterillo.